

Estanislao Aquino A.

El condenado

El condenado, según la definición española, es un ser sentenciado a purgar una pena, sea ésta en prisión o destierro, ya en el plano celestial o terrenal. En el caso que nos ocupa hablamos de un personaje que formaba parte de la danza de los diablos en Oruro.

Lastimosamente desde la década de los años treinta del siglo XX, con exactitud desde la contienda bélica del Chaco entre Paraguay y Bolivia, "el condenado" dejó de participar en la fiesta de Nuestra Señora del Socavón. Sin embargo, en la Entrada del año 2006, para sorpresa de muchos y protesta de otros, la Gran Tradicional Auténtica "Diablada Oruro" presentó un solitario "condenado".

El condenado de la danza de diablos tiene una máscara blanca amarillenta (para alguien color hueso). La máscara cubre casi toda la cabeza de quien lo encarna, desde la nuca al cuello bajo el mentón y tiene forma cadavérica, con los ojos hundidos, los dientes completamente descarnados, las fosas nasales huesudas y expuestas a la intemperie. Llama la atención su unicornio, con la apariencia de una güadana emergiendo de la parte superior del cráneo con la punta en dirección a la nuca.

Como complemento al disfraz, el condenado usa una túnica del mismo color que la máscara en un modelo parecido a la de los franciscanos y un cíngulo a la cintura. En la mano puede llevar una calavera en un caso o una guadaña en otro.

Según la tradición oral, este personaje tiene dos versiones interpretativas. La primera que lo aproxima a la danza de los diablos es la siguiente: Cuando el mal invade el mundo cristiano y los demonios son derrotados por el Arcángel Miguel, éstos son confinados a los infiernos para sufrir su pena de rebelión por toda la eternidad. A pesar de eso, los pecados capitales salen a la luz y tiñen a un mortal.

El cristiano débil de espíritu cae en las redes del pecado y, cuando llega la hora de su muerte es rechazado por los ángeles buenos y condenado a purgar sus culpas en esta vida. Los diablos, causa de su perdición, lo tienen cercado para que no llegue al arrepentimiento.

La segunda versión, más difundida al parecer, no tiene nada que ver con la danza de los diablos, pero el pueblo cree que se trata del condenado y lo asume como un mensaje dirigido a jóvenes casaderas para que se culden de sus pretendientes y sean limpias.

Sucedió un siglo después de la fundación de la Villa de San Felipe de Austria, hoy Oruro. Vivía en aquel tiempo una joven hermosa y hacendosa.

Una noche, cerca de su ventana escuchó la promesa de matrimonio de su enamorado, palabra sagrada por aquel entonces. A los pocos días, el enamorado emprendió viaje a su pueblo en una comarca cercana a la que llegó en horas avanzadas de la noche.

No queriendo molestar a los de su casa, pretendió ingresar por una ventana semi abierta. El padre del joven, al escuchar ruidos fuera de la vivienda, se preparó con un machete y al aparecerse el intruso, le propinó tal golpe que lo dejó completamente decapitado. Más tarde, al darse cuenta del atroz error, la familia lloró su desconsuelo y tuvieron que enterrarlo uniendo cabeza y cuerpo con una pañoleta atada al cuello.

Pasaba el tiempo y el pretendiente no volvía a la Villa de Oruro. La joven pensó que la promesa era falsa y que no volvería a ver jamás a la persona de quien estaba enamorada. Después de unos meses escuchó unos golpes en su ventana y al aproximarse constató que era el ingrato por quien lloraba.

No hablaron del consentimiento que los padres de ella deberían dar al muchacho. Simplemente reanudaron las visitas nocturnas.

Una de esas noches, el joven le dijo a la enamorada que habiendo consultado con los padres de ella acerca del posible matrimonio, éstos le habían negado rotundamente

tal posibilidad y, que los padres de él tampoco tenían inclinación a la unión amorosa.

Entonces le propuso marcharse a otro pueblo para vivir su vida marital.

Seducida por las palabras del joven, la enamorada tomó la determinación de huir con él a un pueblo lejano. Esa misma noche emprendieron viaje. Tenían víveres para varios días y la muchacha colgaba de su hombro una bolsa con objetos para su aseo personal. Al clarear el día, encontraron una choza abandonada donde permanecieron hasta las primeras horas de esa noche. Luego reanudaron el viaje.

Al poco tiempo de caminar, se encontraron con unos viajeros que descansaban alrededor de una fogata. La joven se acercó a ellos sin consultar a su pareja. El más viejo de los viajeros empeñó a desconfiar del muchacho que se mantenía un poco alejado del grupo, y cuando se le acercó a la muchacha para darle un puñado de tostado de maíz le dijo al oído: "No te alarmes, fíjate bien, ese hombre no tiene sombra. No es de este mundo. Quédale con nosotros hasta el amanecer y luego debes llegar a un pueblo donde haya un templo con cura para que te proteja del mal". Luego le preguntó qué traía en su bolsa. Al recibir respuesta, le recomendó que dejara caer uno a uno los objetos cada vez que su pareja intentara aproximarsele.

Con los primeros rayos del sol, ella emprendió camino hacia el pueblo más cercano.

El enamorado, desesperado al darse cuenta del abandono y a pesar de los rayos solares, la siguió llorando y amenazando.

La joven arrojaba uno a uno sus objetos de aseo cada vez que se le aproximaba. Primero un espejo que se convirtió en lago para el perseguidor, luego un jaboncillo que se convirtió en terreno resbaloso, también soltó una saxaña (objeto parecido a una escobita de mano y que sirve para peinar las trenzas) que se convirtió en un cerco de espinas; un peine para ser enrejado, un dedal, hilo, aguja y otros elementos.

Al fin llegó al pueblo pidiendo auxilio, llegó al templo católico donde el sacerdote escuchó el desesperado relato de la joven enamorada y con custodia en mano, salió a la puerta para recibir al perseguidor quien no se atrevía a aproximarse al templo.

El cura, dueño de la situación, pidió a la muchacha que saliera sin temor y le ordenó que entregara al joven su pañuelo mientras le decía estas palabras: "Te devuelvo tu promesa de amor y matrimonio y descansa en paz". Así lo hizo y al punto cayó el joven a tierra. El pueblo lo enterró diciendo:

"Estaba condenado por amor".

Estanislao Aquino Aramayo. Escritor e investigador orureño.

